

se forman de las exhalaciones de cuerpos muertos y del sudor humano, y que anuncian los acontecimientos que van á realizarse, y que la razón suficiente de la aurora boreal se toma de las exhalaciones de nitro, las de azufre, las mezcladas de betún y algunas otras lindezas.

En seguida me preparé á tomar el grado de bachiller. Mi padre, valiéndose de no sé qué medios, me envió los necesarios para dar la *gala* á los señores catedráticos. Un profesor, tomando pie de mi apodo, me dió un buen bromazo, é hizo reir grandemente á la concurrencia, que por unanimidad declaró no haber oído muchos años hacía, un *vejamen* tan gracioso y salado. Al fin, un doctor viejecito, cuya cabeza casi se perdía entre la borla y el cuello, me declaró competente para subir á la cátedra é interpretar á Aristóteles, y bachiller corriente y moliente.



## CAPÍTULO VI

### La metamorfosis de Trini, el pronunciamiento de Blancarte y mi viaje á la hacienda

**S**i escribiera una novela, quizás encontraría modo de evitar la relación de lo que va á leerse, y daría como causa de los trastornos que me acontecieron la enemiga de algún poderoso, que envidiando mis altas y soberanas prendas, había determinado causarme daño; el celo que tenía que producir en el gobierno ó en el clero, la noticia de que apuntaba un astro que podía con sus fulgores obscurecer los astros que estaban revolucionando, ó cualquiera de tantas patochadas como podían ocurrírseme. Nada de esto hubo, y quien lea esta verídica historia, se convencerá de que todo fué tan común y corriente como que salga el sol ó que llegue la noche.

En fines de Julio del cincuenta y dos, llegué á mi casa después del triunfo obtenido en mis estudios, triunfo que en mi parecer me equiparaba con lo más alto del mundo.



Medía de arriba á abajo á cuantos me encontraba por la calle, y nadie había para mí más ruin, ni para poco, que los desgraciados que ignoraban la teoría de los indiscernibles ó las opiniones de Malebranche acerca del alma de los brutos. Era el pedazo de atún más completo y más sincero que podía existir en el mundo.

La noche de mi llegada, envuelto en mi capa y acompañado de mi padre, me encaminé á la casa del mayoralzo Torres Lares.

—Nobleza obliga, decía mi padre, y ya que des-

cansaste unas horas, justo es que vayas á saludar á tus padrinos, que precisamente acaban de mandar recado á ver si llegaste con salud. Bueno es también que los consules por lo que respecta á sus niños, esos angelones de Dios que yo desearía ver convertidos en unos sabios mayores que el Tostado. Dórales la píldora y hazles creer que aunque Pedrito tiene un talentazo macho que no le cabe en el cráneo, guarda más disposiciones para la agricultura, y que á *Chencho*, si bien le *estiran* los estudios, en asuntos de comercio sería un águila que pronto daría que decir en mil leguas en rededor.

Estaba abierto el cancel, que cuidaba un mozo de calzonera de cuero, sombrero de palma y pañuelo atado á la cabeza. Nos saludó con amabilidad cariñosa, y aunque á mí me llamó niño y me dijo de usted, contra lo que había acostumbrado siempre, no me extrañó ni lo tomé á mal. ¿Qué menos podía hacerse en pro de un bachiller que llegaba nuevo como un medio chinito y altivo como un potro recién hecho á la rienda?

Nos detuvimos á la puerta del comedor, donde acababa de rezar el *benedicete* el padre Luna, y cuando todos salían, nosotros les interrumpimos el paso, yo besando la mano de mis padrinos y de mi maestro, mi padre quitándose urbanamente el sombrero que había conservado puesto á causa del relente y la humedad.

Allí fueron los abrazos, las felicitaciones, las preguntas

por los chicos y el pedir noticias de las seguridades de que se podía gozar en el camino. A todo contesté lo mejor que supe; pero entretanto y habiendo llegado á la sala, entramos á ella previos las fastidiosas ceremonias de «pase usted», «después de usted», «no, señor, de ninguna manera», que se hicieron los viejos, pues á mí, como era claro, me dejaron para lo último.

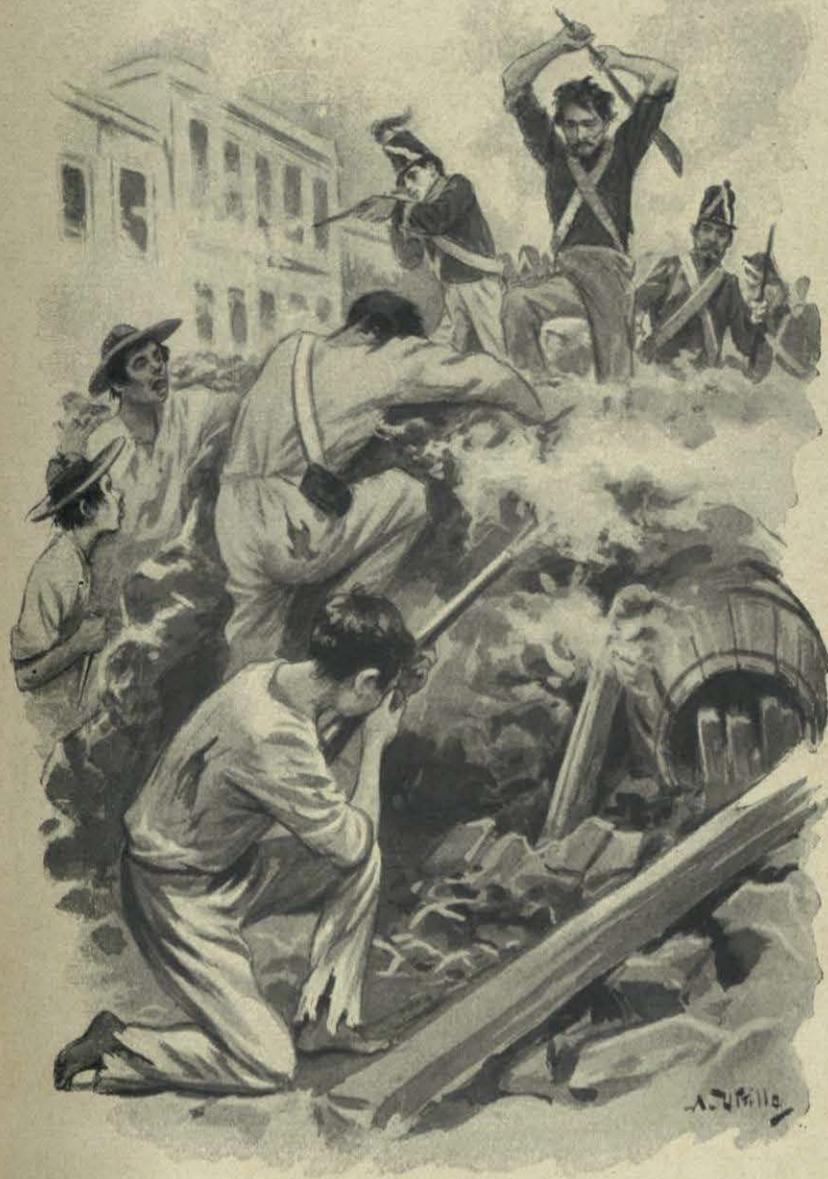
Apenas nos habíamos sentado cuando el padre Luna me dijo:

— Y ¿qué dejas de nuevo por Guadalajara?

— Lo que dejo lo han de saber ustedes ya por los periódicos. Ese pronunciamiento que aconteció el día veintiséis y que tuvo por objeto derribar al moderado López-Portillo. Diga usted, un sujeto que había tenido la rareza de fundar un sistema de espionaje que llamaba la policía, y á cuyos individuos el público les decía *cuicos*; un hombre que quería agobiar con contribuciones á Jalisco, mediante una ley de hacienda en que se determinaba que habían de pagar contribución hasta los señores del clero secular y regular y los militares...

— ¡Qué barbaridad, interrumpió el fraile; ese hombre debe tener la cabeza á pájaros!

— Y que trató de disolver la guardia nacional; y que se rehusó á dar tres mil pesos al valiente coronel Blancarte, que se los pidió para mejorar su tienda de sombrerería. Pero no fué á Roma por la respuesta; Blancarte,



... y pescozón por aquí, balazo por allá...

que es un hombre de pelo en pecho, alto y fuerte como castillo, valiente como león y desenfadado como ninguno, se presentó el día veintiséis...

— Día de Santa Ana, acentuó don Crescencio.

— Se presentó el día veintiséis acompañado de tres ó cuatro amigos suyos, y pescozón por aquí, balazo por allá, puñalada por el otro lado, se apoderó del palacio y en él está después de haber expedido una proclama que es para chuparse los dedos.

— ¿Y el gobernador? dijo mi padre, ¿y el jefe de las armas?

— Pues el Gobernador, que se portó como un hombre, eso sí, empezó por querer resistir en el Carmen; pero viendo que nada podía hacer, se retiró á Zapotlanejo: por allí me encontré la impedimenta camino de Lagos. En cuanto al Jefe de las Armas, don Rafael Vázquez, si no está de acuerdo con los pronunciados tampoco los combate, pues ha dejado á Portillo sólo en unión de unos cuantos de los suyos, los coroneles Domingo Reyes y Victoriano Ordorica, su secretario, y muy pocos hombres de fuerzas del Estado.

— Esa venalidad, esa falta de respeto á los compromisos contraídos, ese aceptar componendas y tener arreglos con todo el que los propone, es el gran mal de nuestro ejército. Por eso hemos tenido tantas revoluciones, por eso los americanos nos han vencido tan fácilmente, y mien-

tras en el pueblo había patriotismo, honor, dignidad y deseo del sacrificio, en el ejército no había sino infamia, vicios, picardía y desmoralización.

— Pero ¿cuándo dejará de ser usted soñador, mi querido Andrés? ¿Qué, no comprende que los militares, como todo el mundo, pueden tener sus preferencias y sus antipatías? ó, ¿por el hecho de ser militares no han de poder seguir más bandera que la de su regimiento?

— La del honor, la bandera del honor es la única que pueden seguir, dijo su merced.

— ¿Y qué color político tiene el pronunciamiento, Juanillo? dijo mi padrino.

— Parece, contesté, que se trata de liberales exaltados, pues quieren poner ó han puesto ya como gobernador á un Licenciado Dávila, hombre de mucho *coramvobis* y bien acreditado entre los puros.

— Pues es una idea mía, bah; pero nadie me quita de la cabeza, exclamó el padre, que aquí hay gato encerrado y que anda de por medio la mano de mi amigo el coronel don Juan Suárez y Navarro, cabeza visible del partido santanista y hombre de más *alilayas* de las que ustedes se figuran.

— Pero, qué, ¿no oye, padre, dijo el mío, que se trata de un pronunciamiento de puros?

— No sé, no sé, respondió Luna; pero eso se me ocurre.

— Y la verdad es, exclamó mi padrino, que si no es

así, por lo menos debía ser. El ilustre amigo, el desterrado de Kingston, me lo decía hace poco en carta suya que guardo: «mientras ese desgraciado país no llame á todos los hombres de arraigo, á todas las gentes honradas, á todos los buenos, no pasará de ser un pueblo en revolución constante, que inspirará compasión, lástima, simpatía; pero nunca respeto ni admiración».

— Y es tal, dijo el fraile, el desinterés de S. E., que mil veces me ha dicho: vea yo a mi patria dichosa, y muera en seguida.

— No hay que fiarse, señores, repuso mi padre; Santa Anna fué un pillo, y pillo ha de seguir siendo siempre...

— ¿Y las orillas del Pánuco?

— ¿Y Tampico?

— ¿Y las playas de Veracruz?

— ¿Y Puerto Velasco?

Aquí llegaban los discutidores cuando vi entrar por la puerta á Trini, de tal modo bella, que me pareció que la sala se iluminaba en uno de esos rompientes de gloria que rodean las figuras místicas. Desde ese momento no miré ni los cuadros de *Cortés y Doña Marina* con vidrios y marcos dorados, ni la fuerte alfombra de moqueta, ni las estatuillas de porcelana blanca y azul, ni las sillas y el sofá con asiento de cerda; sino á aquella niña delicada, exquisita, sutil; su cuerpo dotado de curvas nacientes, como hecho por manos de un estatuario para retratar á Venus

niña; su semblante que indicaba el recogimiento, el pudor, la piedad, el amor, como obra de un imaginero medioeval, y la crencha de cabellos castaños que coronaban aquella cabeza como un casco fuerte y suave en que podían introducirse los dedos en horas de abandono y de amor.

No sé qué más se habló, no sé qué pensé ni qué dijo Trini al tenderme la mano; sólo recuerdo que tuve una idea que empezó á martillearme el cerebro y á llenarme la razón: tiene que ser mía, mía, mía siempre.

A poco tiempo llegaron los hijos de mi padrino dando muy malas cuentas de su persona: no habían querido sufrir exámenes ni creían que hubiera para qué; uno pensaba tomar á medias una hacienda de su padre, me parece que *Cruces*, y el otro se sentía con bríos y arrestos para la carrera militar; ya había hablado largamente con un amigo suyo, llamado Miguel Cruz Aedo, y ambos tenían pensado presentarse á un cuerpo, dejando para siempre la turca.

Mi padrino, contagiado de la común preocupación, no estaba de acuerdo con sus hijos, y por eso cada vez que veía á mi padre no dejaba de echarle glorias por mi buen natural y de dolerse de su suerte. Aumentó, pues, mi crédito en casa de los señores; quizás se habló de mí al censurar la conducta de los niños; ello es que pocos días después recibí invitación para ir á la hacienda de «Navajas»,

posesión que tenían á pocas leguas de Tlaxochimaco, á pasar con ellos unos días.

Era el temporal de aguas; la tierra estaba impregnada de humedad, los surcos mostraban, á manera de heridas recientes, zanjas llenas de agua, que parecían hilos movedizos de plata; las milpas en *gilote*, acabadas en una espiga amarillenta, oscilaban al soplo del aire; los barbechos en que descansaban los labradores á la sombra de los frondosos *camichines*, se extendían á lo lejos como un mar inmenso de verdura, y contrastaban el verde tierno de las milpas con el acentuado de los plantíos de alfalfa y con el casi negro de las siembras de hortaliza; y mientras ascendía el color, bajaba la gama movediza hasta encontrar en los aguajes con el verde desmayado de los sauces, el brillante de los fresnos y el mate de los eucaliptus; mientras hacia la montaña se veía subir en continuada procesión, como teoría de frailes que oculta el rostro bajo la capucha, el mate y terroso de los robles y el primaveral de los pinos de copa enhiesta que sobresalían como la última y hermosa aspiración á la altura, al aire puro, á la contemplación y á la vida libre.

La casa de la hacienda era de las de modelo viejo: anchos torreones aspilleros, corrales para toros, vacas y gallinas, una capilla, corredores al campo é innumerables aposentos en que se hallaban hacinados muebles fuera de uso, burros con sillas de caballo, granos y útiles de labranza.

Desde que llegamos comenzó la vida campesina: levantarnos de mañana, emprender solos ó acompañados grandes excursiones á pie y á caballo, comer manjares rancheros y dormir á la hora que las gallinas descansan.

En vano fatigo mi memoria. ¿Fué en una excursión campestre ó durante algún juego de prendas, ó en la casa á la hora de rezar el rosario? ¿Se lo dije de palabra ó se lo escribí en alguna cartita que le deslicé en la mano, ó le señalé algún pasaje de *Atala* ó de *Pablo y Virginia*?

No sé; pero sí recuerdo bien que se lo insinué clara y francamente, sin dejar nada á lo sobreentendido, como pasa en dramas y leyendas, y que ella también, con toda claridad y entre rubores, me dijo que compartía el amor mío.

Lo que sí recuerdo—lo recordaría mil años si los llegara á vivir—es aquella mañanita de Septiembre que decidió de la suerte de mi vida. Faltaba mucho para que amaneciera; los ordeñadores aprestaban sus grandes vasijas; en el patio ardían los restos de una luminaria; del corral del ganado subieron primero los mugidos de un buey, luego los de tres ó cuatro vacas, después los bramidos de un becerrillo distante de la madre. Olores de establo, de ganado sano, de leche fresca, de estiércol mojado llenaban el aire. Vi luego alzarse un bosque de cuernos como saludando la fajita de luz que aparecía por oriente, y á tres rancheros que conducían del diestro ca-

ballos de alzada; salieron á la puerta, desataron de los tientos sus zarapes, echaron unas yescas, montaron y cogieron el camino del pueblo. Dos muchachos descansaban en el corredor; habían dejado á un lado los zurroneos llenos de *gordas* y las hondas con cabos de cuero. Me ladraron dos perros, una mujer que barría frente de su jacal me vió como extrañada.

Fingí que tomaba el camino del arroyo de las Trancas; el rocío de la mañana me impregnó el calzado de humedad; á la derecha había un sembrado de trigo, á la izquierda empezaba el descenso hacia el arroyo. Cuántas flores cuyos nombres no recuerdo: *taza y plato*, de color amarillento, veteada de rojo; *flor del sapo*, de pétalos gruesos y carnosos como labios de mujer sensual; *maravillas* como cálices de miel, blancas, rojas, naranjadas, lilas; amapolas de seda joyante de color sangriento; mirasoles rosa pálido con corazón de oro; y luego, zacate tiernísimo como para las fauces de los corderillos recién nacidos; colas de zorra enhiestas y llenas de pelo rubio y sedoso como el de la cabeza de un niño; *cambrayes* violáceos y que parecían propios para herir la piel; *jarillas*, *guayacanes*...

Hice un ramo lo mejor que supe, y luego, por un portillo, me metí en la huerta. A lo lejos se distinguía un bosque tupido; junto á mí corría un arroyuelo; tras un vallado se veía un macizo de rosas. Me orienté con la mi-

rada y descubrí la vieja ceiba. Tenía el tronco retorcido, vasto y duro; la ramazón estaba llena de tubérculos como



cuerpo de elefanciaco; el follaje era escaso y como anémico. Hacia la copa las hojas formaban un núcleo apretado que caía sobre una ventana.

Con precauciones infinitas trepé hasta la cima, y apenas me restregaba las manos para quitar los trozos de corteza y el polvo que se me había adherido, cuando la ventana se abrió y vi salir á la niña de mi alma, más hermosa que el sol que le daba frente y que rompiendo los últimos *stratus* se mostraba

triumfante y dispuesto á emprender su diaria carrera.

Empezamos nuestra plática, atropellada, sin sentido, sin coherencia, sin más unión que aquella con que el hilo del amor ataba las cláusulas dispersas.

— Vida mía, exclamaba yo, estamos tan distantes

como lo están el cielo y la tierra. ¿Cómo hemos de llegar á casarnos si tú eres rica y yo un pobretón que fundo todas mis esperanzas en la secretaría del Ayuntamiento y en la notaría de la parroquia?

— Calma, calma, me decía ella, ten calma, por Dios; sí, todo viene por sus pasos contados. ¿No has oído hablar de ese sacerdote Moreno que es obispo de no sé dónde, que antes fué esclavo de mi abuelito y á quien ahora papá hace reverencias y envía regalos? Pues por qué tú, que, según cuentan, tienes un talentazo tan grande, no habías de ser también algo muy alto, muy alto; con que no sólo fueras tanto como mi padre, sino mucho más que él...

— Pero, chiquilla, si me hacen obispo ó canónigo, acaban conmigo. Así no me puedo casar, ni ser tu marido, ni nada de lo que deseamos. ¿Y sabes lo que me escuece? Que van á pensar que yo te quiero por tus dineros, por estos terrenos, por esas onzas que diz que tiene tu padre. Haciendas, dinero, fincas, ¿para qué las quiero si llego á tenerte á ti, princesa de mi alma, encanto mío y dueño mío?

— Más bajo, hombre, que van á oírte, y todo lo echamos á perder.

Aquí llegábamos ó algo más habríamos dicho, cuando oí en la parte de arriba una voz que regañaba, la de mi señora doña María Antonia; otra que respondía sumisa y llorosa, la de Trini. Me oculté instintivamente entre el fo-

llaje y oí entonces el hablar meloso de gente fregonil que decía desde lo alto:

— Nada se ve, señora; como no haya estado hablando con los árboles de la huerta...

— Vámonos, dijo la Señora, quien se conocía estaba reclinada en el antepecho de la ventana; vámonos que esta niña y yo tenemos que comernos un pollito á solas. Miren la mosquita muerta, la doyme á Dios, la que parece que no quiebra un plato y todos los tiene mochos! Yo le daré galancitos hambrones y sin blanca. No salen todavía del cascarón y ya quieren novio...

Y se metió rezongando mientras yo me escurría del tronco y atravesaba violentamente el trecho que me separaba de la casa.

Conocí que el amo no tenía aún noticias del caso, porque al verme llegar con el semblante enrojecido se limitó á decirme con sorna:

— Andabas de seguro toreando á las avispas, porque vienes como unas granas.

Y en efecto, nada le habían dicho para que la noticia no se le opusiera con el chocolate que iba á tomar.

Acabado el desayuno vi á Trini que pasó junto á mí con los ojos bajos; yo cogí un tomo de la *Malvina*, y con él me estuve sentado en el corredor, pero sin entender palabra de la lectura, si es que acaso leía.

Como á las once se abrió una puerta, y la señora me

indicó que entrara al aposento de su marido. Vi un crucifijo de madera, dos sombreros de jipijapa colgados en un perchero, un cuerno para llamar al ganado. Una gallina empezó á cacarear en el corral que estaba en la parte baja. Yo aguardaba á que don Crescencio abriera la boca; pero él se limitaba á mirarme, á mirarme con sus ojos penetrantes y sañudos.

Al fin rompió á hablar:

— Sé ya la manera con que te portas y el modo con que pagas nuestros beneficios. Eres un desagradecido y un mal sujeto. Quizás pensabas comprometer á la niña, dar un escándalo y obligarnos á un casorio desigual. Ya la hemos llamado, la hemos amonestado, y está conforme en que sólo su inexperiencia la hizo dar oídos á tus insensateces. Como hija sumisa, está dispuesta á casarse con el novio que le tenemos arreglado y que corresponde por su hacienda y por su sangre á las de ella. No protestes ni te aflijas, que es cosa hecha. De hoy más, no hay ligas entre nosotros; mi protección se acabó y cree que me duele hábertela impartido, cuando debí figurarme qué clase de pícaro eras. Gente baja te conocí y gente baja sigues siendo. Vé con Dios y pídele encontrarte siempre con personas que, como nosotros, en vez de echarte á los perros ó de ponerte al cepo, te manden á tu casa libre de daños. No, no te enternezcas; sí, nada nos debes; no has de conseguir ablandarnos; esto está resuelto con madurez. ¿La mano?

Se la doy á mis iguales ó á mis inferiores honrados; tú eres un pillo y un granuja.

Y desapareció con el gesto de un Felipe II airado. Entretanto en el corral había un estrépito inmenso: la gallina acababa de poner su huevo y celebraban el caso todas sus compañeras, mientras el gallo, que se conocía estaba trepado en una altura, lanzó su canto agudo y marcial como una clarinada de combate.

Yo permanecía aletargado, sin movimiento ni discurso, cuando un rancharo me llamó diciéndome que los caballos estaban listos. Monté en el que me indicaron, y á vuelta con mis imaginaciones llegué al pueblo á la hora de comer. Estupefacción inmensa en mi casa; enojo de mi padre al leer una carta del mayorazgo que le entregó mi conductor. Jamás he conseguido saber lo que la carta decía; pero sí supe que en varios días no me habló mi padre, enojado de seguro á causa de mis yerros.

Cuando hubo pasado una semana, en que mis hermanas y mi tía hicieron los imposibles por reconciliarnos, me llamó una tarde á su cuarto y me dijo poco más ó menos:

— No necesito explicarte cuál es la situación, porque hartó te lo ha de haber dicho mi compadre. Perdiste la perspectiva de una buena posición y el cariño de una familia excelente, por tus necedades y tus chiquilladas.

Quizá mi compadre haya andado un poco extremado en lo que no era sino tontería de muchachos; pero eso él

puede resolverlo mejor que nadie. Ahora, ya lo sabes, tienes perdida la carrera y no te queda sino lo que reza el refrán: estudiante perdulario, sacristán ó boticario. Conque elige de esas dos profesiones la que te convenga, ya que no tuviste tino para dedicarte á otra más productiva y de más honor.

Nada contesté á su merced, temeroso de causarle un disgusto; pero eso sí, desde el día siguiente comencé á frecuentar la celda de mi maestro Luna, á fin de pedirle consejo para la resolución de aquel tremendo problema.

El fraile, á quien hice confesión explícita de mis culpas, se rió como un bendito cuando supo lo del noviazgo, y al último me dijo preocupado:

— Pues, hijo, lo peor del caso es que no tiene remedio; puedes estar seguro de que tu padrino ha pensado tanto en perdonarte como en volverse turco; conque no hay que tentar vado por allí. ¿Te allanarías á venirte al pueblo como simple comerciancillo, ó tendrías ánimo de empezar la enseñanza agrícola? Se me figura que no; para cosas mayores estás destinado, y no creo que me engañe el amor que te tengo. Medita, pues, qué te convendría, que si este pobre fraile puede servirte de algo, no ha de dejar de hacerlo aunque se enojen el cacique de aquí y todos los de la cristiandad. Echa tus trazas, que manera nos ha de sobrar de salir del atolladero y de arreglarlo todo.

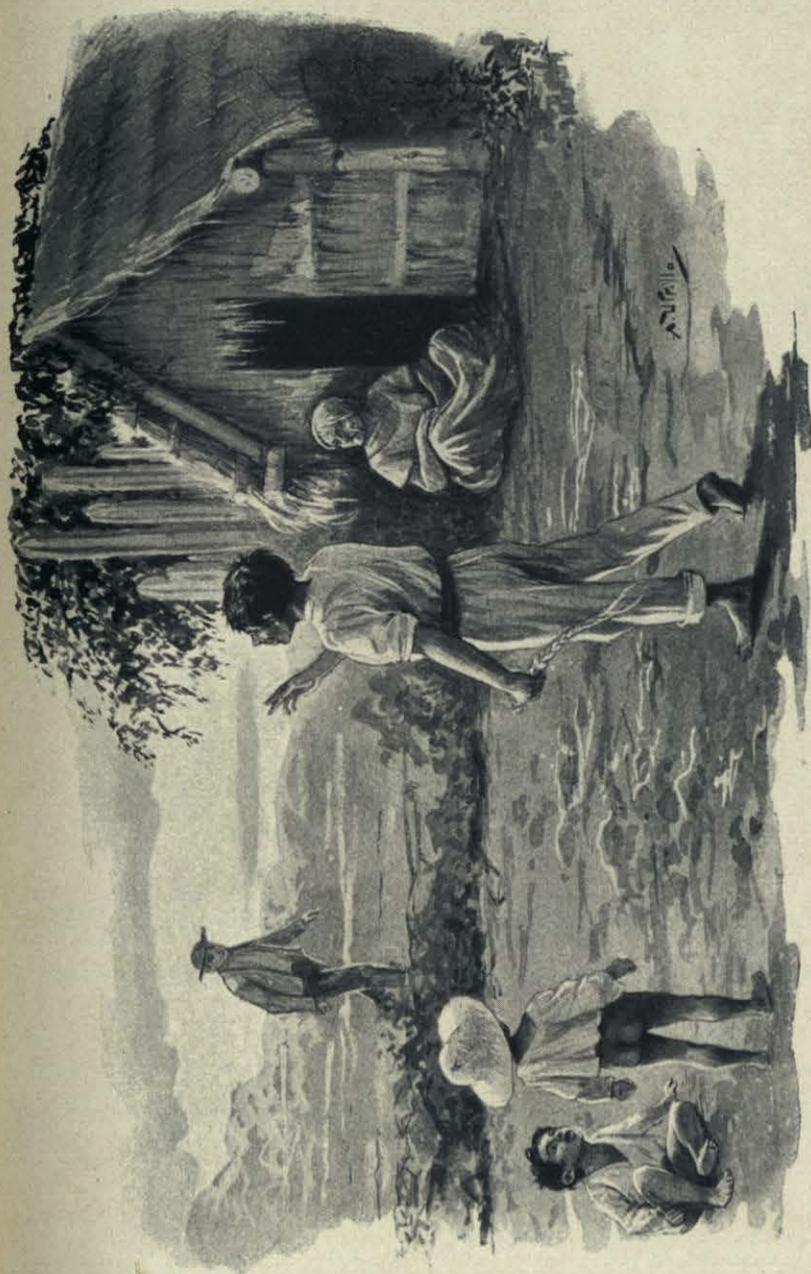
Ya confortado me marché, y una vez más me puse á

meditar en mi situación. Había que despedirse de la secretaría del Ayuntamiento y de la notaría de la parroquia; no había que pensar en llenar *planillas* cobrando por autorización y cotejo, por vista de antecedentes ó por expedición de testimonio; me estaban impedidas las miras hacia la vida cómoda y quieta, la existencia tranquila y el bienestar ordenado y monótono.

En cambio se me abría un camino nuevo que podría conducir á una sima, pero que también podría llevar á la riqueza, al placer, y á los goces todos. Y espoleado por el afán que nos obliga en la juventud á buscar aventuras y lances arriesgados, me decidí á correr mundo y á luchar por ser un hombre. De menos nos había hecho Dios.

Entretanto me dí á leer con ardor sin ejemplo *Las Noches* de Young, los cantos de Ossian, los dramas de Dumas y los novelones del Vizconde D'Arincourt.

No necesitaba tanto mi pobre imaginación para correr desenfrenada por el campo de la locura. Empecé por apostrofar á los elementos, por encararme con la noche, por decirles de tú al sol y á la luna; luego me metí á componer los versos más patibularios y melancólicos que hayan salido del numen de romántico melenudo, y acabé por maldecir de Dios, de los hombres, de la naturaleza y de la sociedad. Hasta me parece (lo diré aunque cause escándalo) que escribí alguna rapsodia en que me lamen-



— Pos dice la niña que si l'amo le dispensa una palabrita

taba de que por ser hijo natural, como Antony, no podía llegar á la mujer que amaba. ¡Yo que procedía de padres casados y velados, y á quien todos conocían como las más honradas personas del mundo!

Luego me dí á vagar por montes y vericuetos, á explorar cuevas ocultas, donde se decía que los ladrones habían dejado tesoros en plata y oro, á bajar hasta el fondo de barrancos y á sombrearme bajo árboles plantados á la orilla de arroyuelos mezquinos.

Una tarde, que regresaba despeado y muerto de hambre, vi en una casita pobre y oculta entre mezquites á una viejecilla y á unos mocosuelos panzudos con camisa hasta el ombligo, sombrero de palma á manera de yelmo de Mambrino y pies en el suelo. La mujer, una india más vieja que el andar á pie, alguna seña hizo al mirarme; los chicos empezaron á decir «ahí viene, mama», á grito herido, y al fin salió un indiazco que me dijo enseñándome la batería de sus blancos dientes:

— *Pos dice la niña que si *l'amo* le dispensa una palabrita.*

Entonces recordé; sí, aquella era la casa de la nana de Trini, aquella vieja era la madre de Juana y el grandullón aquel el marido de la mujer.

Me condujo el bárbaro, que tenía en la mano una trenza de sombrero de palma á medio hacer, por un patiecillo en que abundaban los *tepalcates*, los vidrios de

botella y los pedazos de trapo; y me hizo atravesar un corral en que media docena de gallinas y un gallo *búlique* trepaban á lo alto de un mezquite en medio de inmensa algarabía.

— Eh, *Tumba calzones... Cuele, Centinela...*

Y despidió una piedra que golpeó á uno de los *ixcuintles* amarillos que empezaron á ladrarme. Mientras el chuchó se alejaba aullando, yo salté una cerca de espinos y llegué á un jacal donde ardía suficiente ración de leña y gorgoriteaba una olla llena de *nixtamal*.

Permanecí un buen rato contemplando el suelo manchado de *nejayote* y á uno de la *vista baja* que devoraba unos cuantos granos de maíz, cuando me obligó á voltear una voz conocida, gratísima, harmónica como ninguna, una voz que decía:

— Juan, Juanito; por acá, tonto. ¿Qué, no miras?

En la ventana del jacal, rodeada de yedras azules y de jazmines blancos, estaba Trini. Me parece que llevaba un túnico de muselina; creo que estaba peinada de *cachirutos*; pero confieso que no tuve voz, ni sentidos, ni potencias para examinarla; mientras tanto ella, roja y emocionada, pero firme, sonreía entre lágrimas.

— Que te casan, que te van á casar... ¿Me dejarás? Dime con quién piensan casarte para que yo lo impida... para que mate á ese, le dije con furia.

— Qué matar; pero, ¿quién habla aquí de muertes? Si

todo va á arreglarse, si no va á haber necesidad de violencias ni de cosas feas. A ti no más te quiero, y á ti no más querré siempre... Mira, mi padre con sus cejas fruncidas y mi madre con sus extremos y sus cariños, no han de labrar tanto así, ni el canto de esta uñita, en mi alma que te he dado... ¿Que cómo me las compondré para ponerlos de mi parte? Quién sabe; el tiempo, el cariño que te tengo, qué sé yo, han de acabar por rendirlos. Chiquita como soy, tengo mucha fibra, mucha energía... Te digo que vas á tener trabajo para deshacerte de mí... Si tú no me conoces, si no sabes que soy muy *sostenida*... Yo



TRINI

heredé el genio de mi padrecito, que es de hierro para todo. ¿No lo ves contigo? Te quiso, te llenó de beneficios, y el día que creyó que lo habías ofendido no volvió á hablar de ti... porque no creas, no ha vuelto á mencionarte para bien ni para mal... Eso sí, cuidado con trai-

cioncillas y embelecos. El día que sepa que no me quieres ó quieres á otra, si te he visto, no me acuerdo... Me parecerá que te han cambiado, que te han vuelto otro; y como á quien yo quiero es á ti, ningún trabajo me costará olvidarte... No creas, yo esperaba lo que pasó, lo sabía, lo presentía; pero lo aguardaba con susto mezclado de gusto... Luchar con los otros, demostrarles que puedo más que ellos aunque sea sólo por *caprichuda*, es mi placer, es mi gloria... ¿Te acuerdas que cuando jugábamos yo hacía de *jefa*, de capitana? Pues esa, esa es mi vocación; nací para pelear... Vengan penitas, vengan, que aquí está para resistirlas esta chiquilla... Conque, quíereme, y lo demás no importa.

Cuando le dije que quizás saldría del pueblo, que pensaba buscar fortuna fuera, lejos de amilanarse ó sentirse desanimada, la madamita se alegró y me impulsó á ello.

— Sí, correr mundo, hacerte hombre, vivir la vida... ¿qué cosa mejor? Y cuando vengas por mí le probaremos á mi señor padre que los monigotes armados de porras, y el oro y el gules, y los losanges y las barras del mamarracho de escudo en que él se extasía, nada valen ante dos chiquillos que bien se quieren y que hacen maldito el caso de dineros, de mayorazgos y de vejeces.

Cuando le conté que me dedicaba á hacer versos, leyó trabajosamente, á la luz del crepúsculo, que se convertía

en noche cerrada á más andar, una composicioncilla mía, y me dijo:

— ¿Conque esta Laura soy yo? Haces bien en cambiarme el nombre, que el mío es antipático hasta por intención. Y qué bonito eso de que se lea en la orillita lo de *Juro amarte hasta la muerte...* ¿Pentacrósticas laberínticas dices que se llaman estas cosillas? Pues son *chulísimas*... ¿Sabes lo que no me gusta? Eso que hablas allí de torcedores celos y de corazón lacerado, y de llamar á la señora Atropos para que, cortando el hilo de nuestras existencias, nos haga morir juntos... Yo no quiero morirme, quiero vivir, vivir contigo y morirme contigo, viejecita, después de haber corrido muchos riesgos y sufrido muchas persecuciones y haber vencido á muchos enemigos...

No sé qué más nos diríamos. Trini acabó por citarme para la tapia de su casa que daba hacia el arroyo y allí nos hablábamos diariamente, después de comer.

Siempre las mismas protestas de mi parte, siempre las mismas energías de la suya. Por fin, un día le anuncié que salía para Guadalajara llevando por todo viático unos cuantos dinerillos que me había agenciado mi padre, y una carta de Fray Martín Luna para un señorón de aquella tierra, el general don Juan Suárez y Navarro, persona de gran valimiento y de más conchas que un galápago.

Trini no llegó á entristecerse, ó al menos no me dió á conocer su tristeza.

— Bien, chiquillo, me dijo; haces bien. Y ándale muy por el oído á ese señorón que dices, que si como me cuentas es el arréglalo todo del general Santa Anna, te puede poner muy pronto en candelero, si acaso el dicho general viene desde Turbaco ó donde dicen que está... Sólo te recomiendo que cuando seas general ó gobernador de algún departamento, ó mandes miles y *quimiles* de hombres, te acuerdes de esta rancherilla que te quiere...

Sólo un momento la vi flaquear: cuando al despedirnos me entregó un saquito que contenía cera de *Agnus*, una medalla bendita y una medida de Jesús Nazareno.

— Adiós, Juanillo, me dijo palideciendo; adiós y quíreme mucho.

Desasíó violentamente su mano de mi mano, de manera que dí en el aire el beso que le destinaba, y se metió de prisa al cuarto de los *triques* viejos.

No sé si sería realidad ó ilusión; pero todavía me pareció percibir su falda de color de crema al perderse la adorada silueta entre la balumba de cajas y baúles que llenaban la estancia.

Luego, á pesar de ser pleno día, sentí como si el sol se hubiera opacado repentinamente, convirtiéndose en un lampo de luz amarillenta; después eché á andar, luego llegué á mi casa cuando encendían la gran farola del corredor. No quise tomar los *chilaquiles* y la carne asada de todas las noches, alegando desgana, y me metí en la

cama para soñar en aquella criatura de Dios que había venido á ser un ángel en medio de mi noche.

¡Con qué veras la llamé, qué ternuras la dije, cómo la agradecí en frases de fuego el real presente de su amor magnánimo y puro!

Era casi de día cuando conseguí pegar los ojos, teniendo todavía en la mano el saquito de terciopelo que encerraba sus memorias. A poco golpearon la puerta y oí una voz que me llamaba diciéndome era ya hora de salir.

No en coche como la primera vez, sino en un menaguado caballejo, emprendí la vuelta de Guadalajara. En Tlaxochimaco se quedaban amores, ilusiones, placer, cariños santos; pero había que aceptar el lote de penas y de aficciones que destina la suerte á todos los hombres.

Y cuando vi perderse á lo lejos la torre enjalbegada, las cruces del cementerio, los árboles riberiegos del río patrio, y esfumarse las montañas familiares, sentí un nudo en la garganta y una emoción en el pecho, que no se parecían á mis ansias y mis impulsos de tiempos mejores, cuando no veía ante mí aquellas negruras de la vida que columbraba ahora.

